



La colmena del siglo XXI

Para mí, La Colmena, de Camilo José Cela, fue uno de esos libros que disfrutas de verdad, que te motiva a seguir leyendo. Recuerdo que lo leí a los catorce o quince años a sugerencia de una profesora del colegio, y que me gustó tanto, que me puse a intentar dibujar un mapa con las relaciones entre todos los personajes, más de trescientos, dibujando con diferentes colores según el tipo de relación que les unía. No recuerdo si llegué a terminar el mapa, pero recordar la magnitud de la tarea, la extensión de hojas de papel pegadas las unas a las otras me lleva, desde hace tiempo, a pensar en la dinámica de las redes sociales de hoy: un lugar donde formalizar unas relaciones que existen fuera de él y pueden ser patentes para quien las mantiene, pero no para los eslabones siguientes en la cadena. Yo puedo ser muy amigo de Emilio, pero salvo enorme proximidad, me resulta casi imposible conocer a todos los amigos de Emilio, y menos aún a los amigos de sus amigos. La primera utilidad de las redes sociales, por tanto, es proveer al llamado “networking” de una estructura formal, de un soporte electrónico que permita una visualización y un manejo

más claros de las relaciones existentes entre las personas.

Son herramientas de ese tipo, entre otras, las que están convirtiendo este principio de siglo en la era del “homo socialis”, la dimensión de una persona con capacidades sociales hipertrofiadas, libres en gran medida de limitaciones de tiempo o espacio. Si hace unos años me hubiesen dicho que podría levantarme por la mañana y escribir algo que estaría inmediatamente al alcance de personas de todo el mundo que hablasen el mismo idioma, y que además podría detectar automáticamente quién ha contestado en cualquier lugar del mundo y contestarle sin prácticamente solución de continuidad, habría pensado que me hablaban de pura ciencia-ficción. En mi agenda, hoy conviven personas con las que me unen horas y horas de relaciones personales directas cara a cara, con otras a quienes no he visto en la vida, aunque sí me he cruzado con ellos correos, comentarios y clics. Relaciones obviamente diferentes, basadas en otros parámetros y principios, pero no necesariamente mejores o peores. En ese contexto, las relaciones pasan a una dimensión diferente, con posibilidades antes completamente inexistentes: saber qué hace una persona a todas horas del día en un contacto casi permanente, a modo de ventana abierta a su vida, qué escribe y dónde, que fotografías hace, que lecturas le llaman la atención... dimensiones antes completamente ocultas salvo para unos pocos.

En eso que llamamos networking estamos redefiniendo todo el tejido de relaciones sociales que

entretejerá nuestras vidas en los años que vendrán. Estamos aprendiendo a desarrollar criterios, reglas, formas de definir lo que antes era sencillo y ahora se ha vuelto complejo, sujeto a infinidad de posibilidades diferentes cada una reclamando su estado de situación excepcional. ¿Es amigo quien te lee y comenta, pero no has visto en tu vida? ¿Cómo de amigo es ese frente a un amigo de toda la vida, pero del que no has sabido nada durante los últimos tres años? ¿A cual de los dos recomendarías para un puesto de trabajo? ¿Existe una escala unívoca de “nivel de amistad, o vale la pena intentar definirla? ¿Se vuelve más directa una “relación de teclado” cuando quedáis y os “veis” en un mundo virtual? Son preguntas directas, relacionadas con procesos que ese homo socialis, inmerso en esta moderna colmena del siglo XXI que Cela sólo pudo entrever lejanamente, se hace a sí mismo a medida que discurre por ese incesante conjunto de novedades tecnológicas que afectan a su manera de vivir y relacionarse. Otra forma de vivir, de enfocar las dimensiones personales y profesionales, alejada de los tópicos del “aislamiento tecnológico” y la presunta “frialdad de la máquina”. Ahora, es tiempo de que lleguen los académicos y desmenucen cuidadosamente todos estos nuevos fenómenos, en una incesante persecución de la comprensión de las reglas y mecánicas que los gobiernan, mediante sistematizaciones más o menos brillantes de la compleja realidad del homo socialis. Nosotros, mientras tanto, construyamos y disfrutemos de nuestra colmena. ■

Enrique Dans
enriquedans.com